

Salv Medinas

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

La emancipación de Hispanoamérica

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EDICIONES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE
1936



BIBLIOTECA NACIONAL



SANTIAGO DE CHILE



COLLECTIO MEDINENSIS

Pie/a

TABLA EN QUE SE ENCUENTRA

VOLUMENES DE ESTA OBRA

NUMERO DEL VOLUMEN

137

23

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

La emancipación de Hispanoamérica

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EDICIONES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE
1936

6.—VIRREINATO DEL PERU

En este Virreinato el Rey de España encontró la base más firme y duradera de su imperio colonial americano. El Perú fué el último de los países del Continente que se separaron de la Madre Patria.

Más distante de Europa que los mexicanos, los españoles del Perú gozaban de los mismos privilegios que estos últimos; pero, a la inversa, no abrigaban sus exageradas pretensiones de influencia política en los negocios de la Península.

Como en México, la revolución peruana se dividió en dos períodos, perfectamente marcados: uno indígena y otro criollo.

La población originaria del Perú era y continúa siendo mucho mayor que la española, comprendidos en ésta los peninsulares y los criollos.

«Según García Calderón, sobre la población total del Perú y del Ecuador, el elemento blanco no llega sino al 6%, contra 70% de elemento indígena puro. Means calcula en el Perú las proporciones que siguen: indígenas puros 50%; mestizos 30 a 35%; blancos 15 a 20%, de los cuales 5% puros. Últimamente, M. V. Sapper estima que más de 6 millones de indígenas puros viven en los países andinos; el doctor Rivet habla de 5 millones (1).»

Como se ha leído en el capítulo destinado al Virreinato de México, a pesar de las disposiciones protectoras de las *Leyes de Indias*, los representantes del Rey en América las desobe-

(1) Luis Baudin, *El imperio socialista de los Incas*. París, 1928. Página 243.

decían con crueldad, y hacían infeliz la suerte de los naturales. Sólo les entregaban para sus labores pequeñas parcelas, les cargaban de tributos, y no les ahorran humillaciones y pesares.

Esta fué la verdadera causa de los levantamientos de Hidalgo y de Morelos, que duraron cinco años completos.

En el Perú, la condición de los indígenas era muy parecida.

He aquí como juzga un escritor moderno la conducta de los corregidores peruanos que gobernaban las provincias:

«¿De qué servían las circulares conminatorias, escribe, ni la energía de las amenazas, si después se oían las disculpas, y aquéllos quedaban impunes? Había exceso en los repartimientos (distribuciones de mercaderías), quebrantándose las tarifas, excesos en los valores recargadísimos de los efectos, abuso en distribuir artículos innecesarios a los indios, robo y cínica desvergüenza en obligarlos a recibir cosas que sólo por sarcasmo y burla podían suministrárseles. El corregidor de Lampa, don José Antonio de Rojas (1), perteneciente a la casa del Virrey, repartió en su provincia unos cuadernos de ordenanzas y táctica militar, reimpresos en Lima, y que para nada aprovechaban a los indios, que no sabían leer, ni eran, ni podían ser milicianos. Les hizo pagar cuatro pesos por cuaderno, de una manera forzosa, y tomando el nombre del Virrey. El de Andahuailas don Jacinto Camargo, distribuyó a doce reales onza cuentas de piedra para rosarios, diciendo a los indios eran un eficaz preservativo contra las paperas. Les obligó a comprar tafetán negro de pésima calidad a cuatro pesos vara, y mandó que todos usasen corbata de luto por la muerte de la Reina, y vendió a cincuenta pesos unos sombreros con franja de plata falsa para que los usasen aquellos hombres desgraciados (2).»

Pero el cuadro más cabal de las exacciones sufridas por los naturales del Perú en el período de la colonia se encuentra en

(1) Caballero chileno, que más tarde debía contraer matrimonio con una hija de don José Perfecto de Salas, asesor en aquella época del Virrey del Perú don Manuel de Amat y Junient.

(2) Mendiburu, *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*. Véase Amat y Junient.

el libro compuesto por los ingenieros españoles, don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, con el título de *Noticias secretas de América*, que enviaron, en la mitad del siglo XVIII, a su gobierno con carácter reservado, y sólo se publicó en Londres el año de 1826. Esta obra justificaba con anticipación las rebeliones de que da cuenta la historia.

Por lo demás, en las postrimerías del siglo XVIII el momento se presentaba propicio para la emancipación de los espíritus, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, tanto respecto del hombre europeo como del natural de los países hispanoamericanos. Los libros de los filósofos franceses habían desparramado a través de los continentes y de los mares las semillas de la libertad.

Así como los sonidos se transmiten en la atmósfera por ondas invisibles, pero perfectamente comprobadas, las ideas se difunden de igual modo, en forma prodigiosa, sin que ninguna valla material pueda entorpecer su curso. Esto explica el hecho de que, casi en los mismos días, estallaran movimientos de protesta en diferentes regiones de la América del Sur. En el año de 1780, dos franceses ilusos, que asociaron su destino al de don José Antonio de Rojas, pretendieron independizar a Chile; y, al año siguiente, algunos individuos resueltos, con las armas en la mano, tuvieron la valentía de negarse a pagar contribuciones en el Virreinato de Santa Fe. La sublevación del Perú fué mucho más grave aún.

El cacique de Tungasuca, en la provincia de Tinta, hoy Canchis, don José Gabriel Tupac-Amaru, había adquirido alguna ilustración en las universidades de Lima y del Cuzco, y conseguido el título de marqués de Oropesa, que le correspondía por ser descendiente de los incas.

Este fué el personaje que se propuso librar a sus compatriotas de las cargas indebidas impuestas por los europeos.

En primer lugar, logró interesar en favor de esta causa a algunos prelados, entre otros, a los obispos de La Paz y del Cuzco, quienes transmitieron las quejas del cacique al Rey Carlos III. Desgraciadamente estas gestiones no obtuvieron resultado satisfactorio.

Tupac-Amaru resolvió entonces apelar a medios violentos, e hizo ejecutar, en Noviembre de 1780, al corregidor de Tinta,

célebre por su crueldad y codicia. Otro corregidor de una provincia vecina salvó la vida pagando un fuerte rescate en dinero.

Con la repartición de este botín, Tupac-Amaru ganó fácil popularidad entre los naturales, y logró formar un ejército. Se dirigió en seguida a marchas forzadas a la ciudad de Cuzco; pero no pudo conquistarla.

Entretanto la insurrección se había propagado en el Alto Perú. Allí las tropas del Virrey de Buenos Aires salieron vencedoras en todos los encuentros, y castigaron despiadadamente a los rebeldes, sin respetar ni el sexo ni la edad.

Tupac-Amaru se había mantenido en los alrededores del Cuzco, a la cabeza de sesenta mil indígenas, y sus subalternos le habían proclamado inca.

Con gran prontitud, el Virrey del Perú, don Agustín de Jáuregui, organizó una división de tropas regulares, y las colocó bajo las órdenes del mariscal de campo don José del Valle, quien llegó al Cuzco en 9 de Marzo de 1781.

En las inmediaciones de Tungasuca, Tupac-Amaru fué completamente derrotado y hecho prisionero. Al poco tiempo, el verdugo le cortó la cabeza en la plaza del Cuzco. Con él perdieron la vida algunos de sus parientes y sus principales cómplices.

No terminó, sin embargo, la rebelión, ni en Charcas, ni en el Perú.

En todas partes, los indígenas, que se batían desesperados para conseguir su libertad, ejecutaron actos heroicos. En Sorata y en La Paz, consiguieron inundar las poblaciones rompiendo los diques de los ríos vecinos.

Estos sacrificios fueron inútiles. El ejército español, de férrea disciplina y animoso espíritu, se hallaba destinado a triunfar.

El último jefe de los insurrectos, Diego Cristóbal Tupac-Amaru, hermano de José Gabriel, se acogió al beneficio de un indulto concedido por el comandante enemigo, y se presentó rendido el día 27 de Enero de 1782 en la iglesia del pueblo peruano de Simani, donde prestó juramento de vasallaje al Rey de España.

De nada le valió este solemne acto de sumisión; pues, con

motivo de algunas agitaciones sin importancia, fué ahorcado en la ciudad de Cuzco un año más tarde. La sublevación indígena había durado más de dos años (1).

Esta represión violenta e inhumana produjo como lógica consecuencia el abatimiento completo de los naturales de la sierra. Así se explica que, cuando la invasión de España por Napoleón I revolvió los espíritus en el Nuevo Mundo, y causó la anarquía y el desconcierto en las altas esferas de gobierno, los indígenas peruanos no se atrevieron, como sus hermanos de México, a alzar por sí mismos la cabeza, y a aprovecharse de la singular oportunidad ofrecida por tan favorables circunstancias.

El Virreinato del Perú, por lo demás, era entonces una sociedad muy compleja, formada por varias capas superpuestas unas a otras.

«Al tiempo de estallar la revolución (1820), escribe notable historiador argentino (2), el Perú contaba con una población de más de un millón y medio de habitantes, mucho mayor que la de las Provincias Unidas y de Chile juntas; y, si se agrega el Alto Perú, dominado por sus armas desde 1815, puede computarse en cerca de dos millones. Pero era una población heterogénea, de que los indígenas formaban más de la mitad; los mestizos de indios y africanos, como un quinto; los esclavos negros, como cincuenta mil; y los españoles, apenas un séptimo.»

«Según el Virrey Gil de Taboada y Lemos, agrega en nota el mismo escritor, el Perú tenía en 1791 una población empadronada de 1.076,122, la que en 1796 estimaba por cálculo en 1.300,000 (*Memorias de los Virreyes del Perú*, tomo 6.º, páginas 76-77 y documento número 3 del Apéndice). Unánue, en su *Guía Política del Perú* de 1793 a 1796, repite el dato del Virrey Taboada y Lemos. Calculando en treinta años un aumento tan solo de un cuatro por ciento sobre 1.300,000, re-

(1) En el tomo 1.º de la colección de Odriozola, *Documentos históricos del Perú*, puede leerse un interesante relato de estos sucesos y un legajo de piezas originales sobre ellos.

(2) Mitre, *Historia de San Martín*. Edición de 1889. Capítulo 25, página 478.

sulta más del millón y medio asignado para 1820. Si a esto se agrega el Alto Perú, anexado a la sazón al Virreinato, cuya población podría estimarse en 300 a 400 mil almas, resultará que tenía entonces cerca de dos millones, cuando las Provincias Unidas y Chile no alcanzaban a tener juntas ni un millón y doscientos mil habitantes. La división de razas apuntada en el texto, se funda principalmente en el censo del Virrey Taboada y Lemos citado.»

La alta sociedad peruana se hallaba íntimamente unida por lazos de parentesco con la nobleza española, y muy vinculada en pro de los intereses de la Monarquía. Basta saber que el Rey había otorgado cerca de noventa títulos de Castilla a sus súbditos del Virreinato (1). Estas familias no estaban, como se comprende, muy dispuestas a insurreccionarse contra la Corona; y, como la masa enorme de los indígenas había quedado inerte después de la feroz sanción aplicada a las huestes de los Tupac-Amaru, no podía contarse con ningún elemento vivo de importancia para reivindicar los derechos políticos de los habitantes.

Esta es la razón por la cual, para alcanzar su independencia, el Perú necesitó de ayuda extraña.

No escasearon, sin embargo, en el Virreinato las tentativas de conspiración y de revuelta; pues fué tal el sacudimiento de Hispanoamérica cuando se supo la abdicación de los Reyes de España que no quedó ciudad o aldea que no se conmoviera y tratara de buscar remedios para salvar la situación.

El Perú, por otra parte, encerraba en su seno una clase ilustrada, tanto como podía serlo en aquellos años y en una comarca distante de la Vieja Europa.

Recuérdese que la Universidad de San Marcos funcionaba desde hacía más de dos siglos y medio. «El claustro universitario de Lima, asegura un benemérito historiador mexicano (2),

(1) El lector que desee imponerse con detalle del cuadro de la nobleza peruana puede consultar con provecho la nómina de las familias condecoradas en Rezabal y Ugarte, *Tratado del real derecho de las medias, anatas seculares y del servicio de lanzas a que están obligados los títulos de Castilla*. Madrid, 1792.

(2) Carlos Pereira, *Historia de la América Española*. Tomo 7.º, página 302.

se componía en 1793 de 313 doctores, 172 juristas, 124 teólogos, 12 médicos y 5 maestros en artes. Desde los tiempos del Virrey Conde de Santisteban se dotó la cátedra de matemáticas con una asignación de novecientos pesos anuales. Para hacer efectivo este buen propósito, el Virrey Amat dispuso en 1766 que «los caballeros cadetes» de la plaza y presidio del Callao, de la marina y de las fronteras de Jauja y Tarma, pudiesen ir a Lima si se matriculaban como alumnos de matemáticas de la Universidad, gozando sueldos íntegros, a imitación de lo que se hacía en las Audiencias de Barcelona, Cádiz, Ceuta y Santiago de Chile.

«El anfiteatro de anatomía, fundado en el hospital de San Andrés, tenía desde 1753 algunas prerrogativas como órgano docente. El Virrey Guirior lo favoreció con un esmero que se extendió a todos los ramos de la enseñanza universitaria, y con especialidad a la jurisprudencia y las ciencias exactas, físicas y naturales.»

En una sociedad que encerraba aquellos elementos de progreso no podían menos de aparecer chispas desprendidas de la inmensa hoguera de transformación que brillaba en Europa.

En 1805, un humilde minero del Cuzco, llamado José Gabriel Aguilar, concibió el proyecto de emancipar a su Patria, y lo comunicó al doctor don J. Manuel Ubalde, que ejercía el cargo de asesor. Estos dos conjurados, a su vez, comprometieron a varios miembros del gobierno y del clero, y prepararon el ánimo de los caudillos indígenas que podían suministrarles fuerzas numerosas. Por denuncia de uno de sus compañeros, Aguilar y Ubalde fueron condenados a muerte, y ahorcados en la plaza del Cuzco. 

Algunos años más tarde, después de la invasión de España por las tropas de Napoleón, un grupo de peruanos capitaneado por el gallego don Antonio María Pardo tramó un complot para establecer una junta de gobierno semejante a las de la Península. Por desgracia, también fueron denunciados y sometidos a severas penas.

La inquietud continuó creciendo, sin embargo, en los centros cultos de la capital. Entre éstos, la tertulia reunida por el mayordomo del arzobispo de Lima era un verdadero foco de conspiradores. Entonces, según el historiador argentino

Mitre, empezó a figurar el más tarde célebre don José de la Riva Agüero, que no contaba sino treinta años de edad. Había hecho un viaje a Europa y recibido esmerada educación. El Virrey, tan pronto como se impuso de la dañada intención de los tertulianos, disolvió el salón y persiguió a los que en él se juntaban.

En las provincias estallaron asimismo pronunciamientos de mayor o menor importancia, con vigor sofocados por la autoridad española: en Huánuco, en 1812; y en dos ocasiones en Tacna, por los años de 1811 y 1813. La más seria fué la sublevación del Cuzco en 1814.

Los hermanos Angulo habían hecho triunfar en Febrero de 1813 a sus candidatos para el Cabildo de aquella ciudad; pero, sospechados ellos mismos de revolucionarios, fueron metidos en la cárcel, de donde escaparon con la complicidad de sus guardianes. Derrocaron a la autoridad, tomaron presos a los miembros de la Real Audiencia y eligieron una Junta de Gobierno.

El obispo del Cuzco bendijo las armas de los sublevados; y curas y frailes predicaron la rebelión en las provincias vecinas.

Los Angulo habían conquistado para su causa la adhesión del cacique Pumacagua, a quien dieron parte en el gobierno.

En los principios, el movimiento emancipador alcanzó grandes triunfos. La Paz fué conquistada en 24 de Septiembre de 1814; la ocupación de Guamanga no ofreció dificultades; y Arequipa cayó en poder de Pumacagua con fecha 10 de Noviembre.

Por desgracia, las tropas del general realista Pezuela derrotaron completamente a los insurrectos en La Paz y en Huamachin. En el mes de Marzo de 1815, Pumacagua fué entregado a los españoles por sus propios subalternos, y ahorcado en Sicuaní. Cuzco se rindió vencido por una contrarrevolución.

El Perú debía alcanzar su libertad gracias a la alianza de las tropas chilenas, argentinas y colombianas, que, sin consideración a la nobleza colonial, sólo oyó la voz lastimera de los indígenas oprimidos y la altiva protesta de los criollos ilustrados.

A pesar de la vigilancia y gastos que le exigía la campaña

contra el realista Benavides, O'Higgins no descansó un solo día en preparar la expedición al Perú que San Martín y él mismo habían concebido. En primer lugar, trató de conseguir la aquiescencia del gobierno del Río de la Plata, sin la cual los oficiales argentinos se habrían negado a continuar en el ejército. Al mismo tiempo, obtuvo la autorización del Senado de Chile para reunir los recursos que necesitaba tan magna empresa; y, por fin, empezó a ocuparse en la formación de los batallones y en la preparación del armamento.

Una de las principales dificultades consistió en obtener el dinero que se invertía a diario para organizar la expedición; pero, de acuerdo con el Senado, O'Higgins no vaciló en emplear toda clase de medidas: nuevos impuestos, cupos de guerra y empréstitos interiores, voluntarios o forzosos. El ánimo resuelto del Director Supremo venció los más grandes obstáculos. No podría negarse que la expedición al Perú costó una mayor suma de energía y de sacrificio que la expedición libertadora de Chile.

A última hora, a fines de 1819, la rebelión que estalló en diversos puntos de las provincias del Río de la Plata amenazó derribar todo el plan combinado por O'Higgins y San Martín. El gobierno de Buenos Aires imperiosamente llamó a este último, que se hallaba entonces en Cuyo, para que se pusiera a la cabeza del ejército contra las tropas revolucionarias; pero San Martín, lleno de entusiasmo por la causa de América, resolvió desobedecer esta orden, volvió apresuradamente a Chile y logró persuadir a la mayoría de los oficiales argentinos ocupados en el Ejército de los Andes de que debían acompañarle en su empresa de libertar al Perú.

El nuevo ejército formado entre nosotros, principalmente gracias a los esfuerzos de O'Higgins, se componía de 4,500 hombres, y se hallaba bien armado y abastecido. Un decreto supremo del mes de Marzo de 1820 lo bautizó con el nombre de *Ejército Libertador del Perú*.

Para el transporte de estas tropas se había organizado una flota compuesta de siete naves de guerra y dieciseis barcos mercantes. La partida de la expedición se verificó el Domingo 20 de Agosto. A las dos de la tarde de ese día, zarpó la escuadra del puerto de Valparaíso: a vanguardia iba la fragata

O'Higgins, mandada por Lord Cochrane, y a retaguardia el navío *San Martín*, donde se embarcó con su estado mayor el ilustre vencedor de Maipo, el cual, en el momento de la despedida, recibió de manos del Director Supremo el título de capitán general del ejército de Chile.

O'Higgins quedaba en tierra para defender la soberanía de su Patria, lleno de íntima satisfacción por haber formado un ejército poderoso, tal vez el más poderoso que se hubiera visto en Hispanoamérica, con el fin de dar independencia al primer virreinato del Continente.

La expedición alcanzó grandes triunfos, en mar y en tierra; pero, en definitiva, fué vencida por la fuerza de resistencia del ejército real. No podría decirse, sin embargo, que ella resultó estéril, por cuanto sacudió hondamente la sociedad peruana y preparó el campo a un adalid más afortunado que San Martín.

El ejército del Virrey Pezuela era cuatro veces más numeroso que el patriota; pero, en cambio, encerraba graves condiciones de inferioridad. En primer lugar, se hallaba repartido en Lima, en Arequipa y en el Alto Perú, o sea, el actual territorio de Bolivia; y, en seguida, estaba compuesto en gran parte de criollos, cuyo espíritu era muy indisciplinado.

Otra causa de debilitamiento fué la orden que recibió Pezuela de proclamar la Constitución liberal de 1820, que Fernando VII había derogado y ahora se veía en la obligación de restablecer. Esta medida, que mereció entusiastas aplausos de algunos jefes militares, fué reprobada por muchos otros.

A insinuación de la Corte, Pezuela abrió entonces negociaciones de paz con San Martín; pero en ellas sólo obtuvo una corta tregua.

Rotas de nuevo las hostilidades, Cochrane ejecutó la más audaz de sus aventuras en las aguas del Pacífico. En la noche del 5 de Noviembre, se apoderó al abordaje de la fragata *Esmeralda*, que se hallaba en el Callao protegida por las fortalezas de tierra y por la artillería de algunos bergantines. Con la ayuda de 160 marineros y de 80 soldados, a quienes embarcó en catorce botes, el intrépido almirante con gran silencio penetró en la bahía, y tomó la nave por asalto. La lucha fué brevísima, y, aunque mucho más numerosos, en el espacio

de un cuarto de hora, los defensores del buque fueron aniquilados por los patriotas de Chile. A las dos y media de la mañana, la *Esmeralda* salía del puerto, con más de ciento ochenta prisioneros.

Pocos días más tarde, la ciudad de Guayaquil se sublevaba contra las autoridades españolas y proclamaba su independencia.

Estos dos sucesos causaron profunda agitación entre los habitantes de Lima y del Callao. San Martín, sin embargo, no emprendió, como le aconsejaba Cochrane, ningún ataque de importancia, aunque había concentrado sus tropas a pocas leguas al norte de la capital; pues tenía plena fe de que en breve se rendiría todo el país.

Entretanto ordenó una campaña a la sierra, o sea, a la región atravesada por la Cordillera de los Andes; la cual produjo excelentes resultados. Una división de mil hombres, al mando del coronel español Arenales, quien abnegadamente servía la causa patriota, se apoderó de las provincias de Huamanga y de Tarma, y derrotó en Cerro de Pasco a las tropas enviadas en su contra desde Lima. Por desgracia, esta marcha triunfal fué interrumpida por la orden que recibió Arenales de reunirse al grueso del ejército de San Martín; y el territorio conquistado volvió a poder de los realistas.

Los desastres sufridos en Chile, la sublevación de Guayaquil, el apresamiento de la *Esmeralda* y la derrota de Pasco habían producido en el ánimo de los jefes superiores del ejército del Virrey dolorosa impresión. El levantamiento de Trujillo, situado en una de las principales comarcas del norte, a favor de la independencia, puso el colmo a la indignación reinante, y Pezuela fué depuesto por sus propios subalternos con fecha 29 de Enero de 1821. Le reemplazó en el cargo de Virrey el teniente general don José de la Serna.

A pesar del carácter sedicioso de este cambio de gobierno, Fernando VII le prestó su real asentimiento.

En la deposición de Pezuela se había cometido una manifestación injusticia. La verdadera causa del desastre estaba en la falta de poder naval; ya que los barcos mandados por Lord Cochrane dominaban en el Pacífico.

Este habría sido el momento oportuno de que San Martín

hubiera abandonado su conducta expectante, y, como le aconsejaba el coronel Arenales, se hubiera dirigido a la sierra con la mayor parte del ejército. El jefe patriota, sin embargo, insistió en su anterior táctica, convencido de que la ocupación de Lima bastaría para poner fin a la contienda. Entretanto, sus soldados, inmóviles por mucho tiempo en el Campamento de Huaras, eran diezmados por las tercianas.

El secreto de la obstinación de San Martín quedó descubierto en la entrevista que celebró con el Virrey La Serna en la hacienda de Punchauca, ubicada a cien leguas de Lima, con fecha 2 de Junio de 1821. El Jefe del Ejército Libertador propuso en ella el establecimiento en el Perú de una monarquía independiente, cuyo soberano podría ser designado por las Cortes españolas entre los príncipes de la casa reinante. Así se explicaba que evitara las batallas campales y todo derramamiento de sangre que hiciera difícil la reconciliación.

La Serna rechazó el plan de San Martín, por no creerse autorizado para aceptarlo; y, después de un breve armisticio, la guerra continuó por algunos años más.

No por eso San Martín renunció a su proyecto de colocar un rey en el Perú. Este fué el fin invariable a que amoldó su política, y tal es la clave de sus principales actos durante los dos años de su residencia en el Virreinato. San Martín no creía realizable el gobierno republicano en las antiguas colonias de España.

Perdida la esperanza de un arreglo conveniente, La Serna resolvió abandonar a Lima, y trasladar sus tropas a la sierra.

En otros términos, adoptó el plan propuesto por Arenales, y de este modo ganó la partida.

A principios de Julio, San Martín ocupó la capital del Perú, y se imaginó dueño del país. El día 15, un cabildo abierto al cual asistieron trescientas personas distinguidas, resolvió proclamar la independencia. El acta de este solemne acuerdo fué firmada por más de tres mil vecinos de Lima. La jura de la emancipación se celebró en esta ciudad con fecha 28 del mismo mes; y San Martín asumió el mando político con el título de *Protector*.

En medio de esta atmósfera de grandeza, sufrió un grave contratiempo. Amargado Lord Cochrane por el atraso en el

pago de sus sueldos a los marineros y jefes de la escuadra, después de haber hecho inútiles gestiones, públicas y privadas, ante el mismo Protector, se apoderó de los caudales del Estado, que se hallaban en depósito en los transportes de la bahía de Ancón; y con este dinero pagó a sus subalternos.

En vano San Martín y su ministro Monteagudo trataron de impedirlo, pues fueron cruelmente burlados. Este desacato produjo la ruptura entre el Protector del Perú y el jefe de la escuadra; y este último zarpó con todos sus buques del puerto del Callao, para no volver más a colocarse bajo las órdenes de San Martín.

La insubordinación de Cochrane tuvo en Chile consecuencias de importancia política; pues, aun cuando O'Higgins disimuló con suma prudencia la gravedad del acto, y no castigó al marino inglés como lo pedía San Martín, se vió envuelto en el desprestigio que cubrió al general argentino con motivo de los cargos hechos por Lord Cochrane. Este acusaba a San Martín de haber abandonado la representación del gobierno de Chile. Según las afirmaciones del almirante, San Martín daba la preferencia a los intereses del nuevo Estado, y había osado pretender que las naves chilenas pasaran a poder del Perú. La mencionada imputación fué más tarde uno de los motivos de la impopularidad de O'Higgins, cuya adhesión a San Martín no había conocido límites.

Sin el apoyo de la escuadra, el Ejército Libertador perdió la mitad de sus fuerzas. Desde este mismo día, San Martín empezó a saborear las amarguras de la ingratitud. Los propios oficiales, y entre ellos algunos jefes superiores, a quienes había colmado de honores y prebendas, murmuraban contra los desaciertos cometidos por él en la campaña. Entre las críticas que le dirigían, una de las más graves era ciertamente el abandono de la sierra contra el expreso dictamen de Arenales. Le acusaban también de no haber puesto fin a la pacificación con una batalla decisiva, a pesar de haber tenido espléndidas oportunidades.

Llegaron a pensar en deponerlo; y, aun cuando este plan no principió siquiera a ejecutarse, introdujo en el alma de San Martín un profundo desaliento, que debía fructificar más tarde. Nada pudo apartarlo, sin embargo, de sus proyectos.

para fundar una monarquía en el Perú; y, ya que no se había puesto de acuerdo con el Virrey La Serna, trató de conquistar la opinión de los demás pueblos hispanoamericanos. Con tal objeto, envió agentes diplomáticos a Guatemala y a México.

Seguro, por otra parte, de que en el Virreinato la gran mayoría de los dirigentes deseaban la instalación de un trono, juzgó oportuno convocar un Congreso para que estableciera la forma definitiva del gobierno y dictara la Constitución Política.

Al mismo tiempo, con el beneplácito de los miembros más caracterizados de la nobleza peruana, nombró como representantes al neogranadino García del Río y al médico inglés Paroissien a fin de que se dirigieran a Europa a buscar un príncipe.

A su paso por Chile, estos comisionados debían solicitar la adhesión de O'Higgins. Felizmente en nuestro país la opinión pública condenaba de una manera uniforme el régimen monárquico; y, si algunos años antes, cuando existió el peligro de que las grandes potencias europeas pretendieran intervenir en el destino de estos pueblos, nuestros gobernantes llegaron a vacilar, en 1822 habían radicalmente cambiado de criterio. En vez de recibir palabras de aliento de los labios del Director Supremo, García del Río y Paroissien sólo obtuvieron una categórica repulsa.

La inactividad de San Martín, como muchos lo esperaban, tuvo fatales consecuencias; y una división considerable de su ejército fué completamente destruída por el general Canterac en el valle de Ica.

Por felicidad, la victoria de Pichincha, ganada por Sucre a 24 de Mayo de 1822, aseguró la libertad de Quito, y ofreció grandes expectativas a los patriotas que combatían en el Perú. Los errores políticos y estratégicos de San Martín podían ser salvados por el ejército de Colombia, y el genio de Bolívar daría sin duda remate a la emancipación de Hispanoamérica.

San Martín mismo deseó celebrar una entrevista con su glorioso émulo; y, en la mitad del mes de Julio, partió del Callao para ponerse de acuerdo con él sobre las medidas más conducentes a la pronta libertad del Perú. Bolívar se hallaba en Guayaquil, donde se verificó la histórica conferencia. San

Martín tenía esperanza de obtener la incorporación de aquel territorio; pero el general venezolano se le había adelantado y la población entera estaba resuelta a formar parte de la República de Colombia. De igual modo, los dos libertadores estuvieron disconformes sobre la forma de gobierno que convenía adoptar. Es creencia casi unánime de los historiadores que Bolívar no aceptó los proyectos monárquicos de San Martín.

En tales condiciones, era imposible una acción militar común.

Por boca de Bolívar, tuvo conocimiento San Martín del movimiento revolucionario que se preparaba en Lima, para deponer al ministro Monteagudo. La clara inteligencia del Protector comprendió en el acto que este suceso pondría fin a su carrera política. Inmediatamente volvió al Callao; y, después de inaugurar el primer Congreso del Perú, abdicó el mando y se embarcó para Chile.

El Perú quedaba sumido en la situación más incierta y peligrosa, no sólo en su aspecto político, sino también en el militar. Las tropas peruanas y argentinas del ejército patriota se hallaban desmoralizadas, y, aun cuando los batallones chilenos conservaban su disciplina, éstos no eran suficientes para vencer al enemigo. El refuerzo de soldados colombianos, que no llegaba al número de 2,000, se resistía a entrar desde luego en campaña.

Así se explican las derrotas sufridas por el ejército patriota en Enero de 1823. El estupor causado en Lima por estos desastres dió origen a un motín militar y a la exaltación al poder de don José de la Riva Agüero, como Jefe del Estado. Este personaje, que se había manifestado ardoroso partidario de la independencia, se apresuró a solicitar angustiosamente de Chile nuevos auxilios de hombres y dinero; y, a pesar de la estrechez económica de nuestro país, el general Freire y el Senado Conservador resolvieron hacer al Perú un nuevo préstamo de millón y medio de pesos, y mandaron organizar una división auxiliar destinada a combatir por la emancipación del antiguo virreinato. Por desgracia, la anarquía que se apoderó en Lima de las esferas de gobierno, y la absoluta incom-

petencia de los jefes peruanos esterilizaron los esfuerzos de Chile.

Aun cuando Bolívar, ante el peligro de la reconquista del Perú por las armas realistas, envió al Callao una división de 3,000 hombres, al mando del ilustre general don José Antonio de Sucre, el Presidente Riva Agüero no pudo mantener el prestigio de su autoridad, ni asegurar el triunfo de sus armas. Lima cayó en poder de los realistas; Riva Agüero, con una sombra de poder, trasladó su residencia a Trujillo; y, evacuada inmediatamente después la capital por el ejército español, quedó en ella el Marqués de Torre Tagle, con el título de Presidente interino.

En el día 31 de Agosto llegó al Callao el Libertador, a quien el Congreso y el Presidente Riva Agüero habían llamado para que se hiciera cargo de las fuerzas, con amplios poderes. Su anhelada presencia no impidió los funestos resultados de la campaña emprendida en el Alto Perú por el general don Andrés Santa Cruz, quien se vió obligado a tomar la fuga, con abandono de armas, municiones y útiles de guerra. La expedición auxiliar de Chile, compuesta de 2,500 hombres, recibió en Arica la noticia de este descalabro, y creyó oportuno reembarcarse con rumbo al sur.

En vista de la anarquía que reinaba en el Perú, el general don Francisco Antonio Pinto, designado para mandar la división, resolvió que ella se estableciera en Coquimbo, mientras llegaba el momento de que él pudiera volver al Virreinato. No debía hacerlo; pues las autoridades chilenas emplearon estas fuerzas en la expedición a Chiloé, cuya resistencia ofrecía una grave amenaza para la libertad de nuestro país.

A pesar de las traiciones y debilidades de los jefes del Perú, Bolívar se propuso resueltamente libertarlo del yugo español. En estas premiosas circunstancias, pidió con ahinco nuevos recursos a Chile. Por desgracia, nuestro gobierno se halló en la imposibilidad de auxiliarlo con la división prometida; pero, en cambio, le envió una escuadrilla, que, dirigida por Blanco Encalada, prestó valiosos servicios en el bloqueo del Callao, recuperado recientemente por el enemigo.

La actividad y energía del Libertador improvisaron un respetable ejército, y, gracias a un nuevo socorro de 2,000

hombres organizado en Colombia, pudo reunir en Mayo de 1824 más de 9,000 soldados. Esta fué la base con que derribó la dominación española.

El triunfo de Junín, que sólo fué un combate al arma blanca entre las caballerías de Bolívar y del general español Canterac, tuvo poderosa influencia en el éxito definitivo. El primer efecto de esta victoria fué la ocupación de Lima por las tropas del Libertador.

La batalla de Ayacucho, ganada por Sucre en 9 de Diciembre de 1824, coronó la obra. En ella midieron sus fuerzas más de 9,000 realistas contra 5,700 patriotas. El Virrey La Serna fué hecho prisionero, y don José Canterac se vió en la necesidad de rendirse. Las bases de la capitulación otorgadas por Sucre fueron generosas, pero afirmaron la emancipación sudamericana de una manera sólida.

El coronel Rodil heroicamente resistió un año más en las fortalezas del Callao; pero, urgido por el hambre, por las enfermedades y por falta absoluta de socorros, entregó la plaza en Enero de 1826.

A los pocos meses de la llegada de Bolívar al Perú, el Congreso dictó la Constitución de 1823, promulgada en Lima a 20 días del mes de Noviembre. En esta Carta se adoptó el régimen republicano. (1)

Como consecuencia lógica, en el mismo mes se abolieron los títulos de nobleza.

En el año 1825, el Congreso de Chuquisaca convocado por Sucre proclamó la independencia del Alto Perú, no sólo de España, sino también del Perú y del Río de la Plata. La misma Asamblea bautizó al nuevo Estado con el nombre de *República de Bolívar*, más tarde *Bolivia*.

(1) En el artículo 72 se leía la disposición que sigue: «Reside exclusivamente el ejercicio del poder ejecutivo en un ciudadano con la denominación de Presidente de la República.»

